

Título: Nacimiento filosófico

Seudónimo: El Buen Chico

Aún no daban las once cuando salía de la biblioteca a paso ligero. A la par que me distanciaba de la puerta de la biblioteca aumentaba el acaudalado flujo de tribulaciones mundanas que padece cualquier persona víctima de los glucocorticoides. Me hablaba a mí mismo en segunda persona para recordarme los quehaceres.

— Todavía tienes que redactar dos memorias de prácticas. No te olvides que tienes que entregar el ensayo antes de las diez. Se te había olvidado que tienes que estudiar para la prueba de inmunología. También tienes que recoger a Carmen del colegio y hacer los macarrones... ¡Joder! —Exclamé en tono semisusurrante al olvidar que ya estaba fuera de la biblioteca—. Tienes, tienes, tienes... ¿Tengo que hacer algo realmente?

El primer paso que salía del pasillo a la entradilla de las escaleras venía acompañado de la liberadora respuesta: “No tengo que hacer nada”. Por primera vez desde la vuelta a la presencialidad me detuve a observar con detenimiento la fuente, el lejano paraninfo, los rabilargos saltando como si jugasen a la rayuela y el danzar de los algarrobos movidos por el director de orquesta que es el viento. Me hipnotizó la bóveda celestial, que me hizo recordar las cristalinas aguas de las playas de Huelva. Ver aquel paisaje me llevó a unas palabras que resonaron en mi interior. Era un profesor recordándonos que este año era el cincuenta aniversario de la universidad. Pensar que hace cincuenta años todo aquello no era como lo veía me dijo que todo lo que me preocupaba carecía de importancia si lo miraba con perspectiva.

Decidí en ese momento quedarme sentado en las escaleras de la entradilla y tomar un poco el sol en lugar de volver a encerrarme en la biblioteca. Apremiar un rato más este paisaje y dejarme hornear por el sol no me vendrá nada mal. Al sentarme, recordé un seminario de bioética que se me había impartido esa misma semana. Y, en un instante, mi cerebro se desconectó de la realidad para volver a mis adentros.

— ¿Por qué tratan al humano como único agente moral? ¿Acaso no hay un espectro continuo en la consciencia como sí lo hay en la capacidad de sentir dolor? Si utilizásemos un aparato de resonancia magnética funcional con un chimpancé de la montaña y viésemos una activación parecida a la nuestra en la corteza prefrontal y en la corteza del cíngulo anterior, ¿diríamos que el infanticidio que cometen es algo inmoral?

Lleno de interrogantes, detuve esta línea de pensamiento al ver pasar a mi amiga Marina. Marina había sido en alguna ocasión víctima de mis monólogos. Era de apreciar que siguiera juntándose conmigo a pesar de que estos no fuesen del agrado de casi nadie.

Aunque no fuese parte de su trayecto, Marina se acercó a mí y me preguntó si llevaba bien el cuatrimestre. Tras intercambiar unos formalismos se despidió de mí y se dirigió al destino que había retrasado mi presencia. En lo que se iba Marina, volvieron los pensamientos como si aquella interacción social hubiese sido la tregua entre los alemanes y los ingleses y con su marcha volviesen ambas partes de mí a las trincheras del diálogo interior.

— ¿Qué pasa con los leones? También cometen infanticidio. ¿Están haciendo algo inmoral? ¿Me estaría yendo demasiado lejos si pienso en gorriones? Estos también cometen infanticidio, pero no creo que los gorriones tengan tan desarrollado el cerebro. ¿Cuándo podremos crear modelos matemáticos que describan el grado de conciencia?

De lejos escuché mi nombre de pila en un tono alegre que me volvió a sacar de aquel lugar sin extensión. Era mi amiga Nuria, una amistad reciente que había conocido estando ya en la universidad. Habíamos hecho muy buenas migas. Tanto era así que me regaló por mi cumpleaños los trabajos filosóficos esenciales de mi pensador favorito: Hume.

— ¿Qué haces ahí tú solo? ¿No tienes clase ahora? —preguntó Nuria amenazante.

— Sí que tengo, pero no voy a ir.

— ¿Y eso? ¿Ya andas saltándote clases?

— Aprendo mejor yo solito —respondí elocuente.

— Lo que tú digas. Pero cuando tengas más faltas de la cuenta, ya me dirás que te arrepientes de no haber ido, ¿o no? —replicó Nuria haciendo un ademán desaprobador.

— Pues seguro.

— Ya no me debates, ¿eh? Sabes que tengo la razón.

— Hay batallas que es mejor no pelear.

— Hablando de tener la razón, ¿cómo llevas el libro que te regalé?

— Pues la verdad es que lo he estado consultando bastante porque últimamente le estoy dando vueltas al tema de la existencia de la realidad —respondí con la misma expresión que emplearía un comercial de aspiradoras, queriendo vender, en este caso, un tema de conversación—. Verás, normalmente la damos por hecho, pero, ¿tenemos argumentos para aducir su existencia?

— ¡Qué interesante! Oye, me tengo que ir, pero cuando te vea quiero que tengas ordenados los pensamientos sobre la existencia de la realidad, ¿eh? Ahí llevas tarea para casa.

Casi al instante de la partida de mi amiga, caí en aquel no-lugar del que provenían todas aquellas dudas. Y, esta vez casi sin esfuerzo, cogí el hilo de su conversación interior doblemente interrumpida.

— ¿Son el gorrión o el león libres de matar a sus crías? ¿Será que aquel chimpancé no tiene elección en matar a los infantes de su tribu tampoco? ¿Soy yo libre de pensar lo que pienso? ¿Por qué pienso que decidí quedarme un rato en lugar de volver a entrar a la biblioteca? ¿Acaso realmente decidí quedarme? ¿No fue, acaso, que los pensamientos que tenía reconfiguraron mis deseos y que la aparición del pensamiento de quedarme en el patio me pareció ahora más atractiva? ¿No son, acaso, así todos los pensamientos y cambios de opinión que tengo? Cuando pienso que detuve mis pensamientos para saludar a Marina, ¿los detuve yo, o simplemente hubo una aferencia sensorial que presionó el gatillo para disparar otros

pensamientos? Si estos pensamientos simplemente aparecen en mi cabeza, ¿son de mi autoría? ¿Cómo podría, acaso, elegir yo lo que hago? Si tuviera un alma, ¿sería entonces libre? ¿Debería haber elegido mi alma para ser libre? Y esa elección de alma, ¿sería libre?

Y en aquel momento me di cuenta de dos cosas: que no tenía argumento alguno para el libre albedrío y que, al igual que con la existencia de la realidad, no me valía con asumirla. Las dos afirmaciones requieren unas evidencias que no tengo.

Tras estas contracciones mentales —de las que Marina y Nuria no habían sido sino respiros de tregua—, acababa de presenciar mi propio nacimiento, mi nacimiento filosófico. Siendo consciente de esto, cambié de tercio.

— ¿Habrá pensado esto más gente además de mí? ¿Cuántas personas habrán vivido esto que estoy viviendo yo en estos 50 años de historia de la Universidad de Córdoba? ¿Seré de los pocos filósofos que puedan afirmar con orgullo que nacieron aquí? Podríamos decir: la Universidad de Córdoba, paritorio de pensadores y curiosos. Aunque eso no suena muy bien. Digamos mejor: La Universidad de Córdoba, cuna del conocimiento y la curiosidad.

Mientras pensaba esto en voz alta me levantaba y caminaba de vuelta a la biblioteca desde las escaleras de la entradilla, mi lugar de nacimiento.